



*El eros electrónico*

ROMAN GUBERN

Taurus, Madrid, 2000

*Carmen Lasso de la Vega González*

Nos ha tocado vivir una época sumamente controvertida, en la que la fragmentariedad y la superposición de planos nos sumen, la mayoría de las veces, en un desagradable señuelo de lo real. Así aparecen informaciones y noticias que son continuamente contrarrestadas, matizadas o envuel-

tas en el suave simulacro del olvido, a través de la creación o re-creación de otras que sólo nos conducen a un caos informativo.

Este incierto cosmos es el que diariamente nos ofrecen los medios de comunicación de masas, por lo que cada vez resulta más necesario y emergente el análisis de esta compleja realidad que nos rodea.

Precisamente esta es la labor que realiza Román Gubern en su último libro, *El eros electrónico*, en el que Gubern no sólo se ocupa de esa afamada y desconocida red de redes, sino que parte de su entorno real, a través de una perspectiva sincrónica, que nos permite un oportuno acercamiento a esta implantación tecnológica y además a las derivaciones antropológicas, sociales y culturales que de ella pudieran devenir.

Román Gubern es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona, miembro de la *American Association for the Advancement of Science*, de la *New York Academy of Sciences*, de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y del Comité de Honor de la *Internacional Association for Visual Semiotics*. Entre su apretado y prestigioso currículum podemos destacar sus investigaciones para el *Massachusetts Institute of Technology* y su labor docente en la Universidad Southern de California, además de la

importante aportación bibliográfica que ha enriquecido el mundo de la comunicación fundamentalmente.

Esta obra se articula mediante siete capítulos, en los que su autor define el perfil humano partiendo de los principales caracteres biológicos y antropológicos que configuraban a nuestros ancestros cazadores-recolectores. Así Gubern va hilvanando, a lo largo de estos siete capítulos, la realidad del hombre moderno, al mismo tiempo que la evolución mediática

Como ya hemos apuntado, el autor lleva a cabo una labor global a lo largo de la obra que se encarga de ir demenzando aquellos rasgos biológicos que han permanecido en el hombre moderno a través de su evolución, así como la asimilación y puesta en práctica de las nuevas tecnologías en “la sociedad de los 500 canales” que, según Gubern, certifica la teoría de Abrahan Moles acerca de la opulencia comunicacional.

Por tanto, realiza una reflexión acerca del cine y la incidencia social que tuvo en su momento, señalando que la televisión no es responsable del abandono de los espectáculos públicos, aunque haya contribuido bastante a ello. Apunta también que “la ley de sustitución mediática está gobernada por el principio de sus usos y gratificaciones”, lo que supuso que la televisión ganara la partida por estar inserta en el espacio familiar, ya que, como el autor apunta, lo conocido es lo confor-

table, frente a lo ajeno que se observa con cierto desagrado e incertidumbre.

Esto es lo que origina, dentro de la oferta televisiva conocida como *telebasura*, la serialidad y estandarización de los contenidos en favor de esa deseada adecuación a un público disperso y heterogéneo, pues mientras más extenso e indeferenciado sea el público, más mediocre será su gusto. Esto supone que la programación se convierta en un compendio de meras “golosinas audiovisuales”, o lo que es lo mismo, *fast food* para el espíritu, a través de estímulos primarios regidos por la ley del mínimo esfuerzo psicológico e intelectual del público, que regresa a sus hogares tras duras jornadas de trabajo. Implica, todo ello, que las diversas cadenas televisivas lleven a cabo su competencia a través de la renuncia consciente a la calidad, alimentando así la “bulimia de sensaciones”. Un apetito desmesurado que sustenta la masa, la que impone actualmente los gustos televisivos, no acatados por la élite.

Por tanto, los medios proponen una serie de normas estéticas laxas, lo que origina un panorama ecléctico en lo referente a las señas de identidad social, así como una sensibilidad plural y poliédrica, que conduce hacia una democratización en el vestir, un relajamiento de los ritos sociales y una inevitable confusión de los roles.

Esta confusión puede hallar su máximo exponente en lo que Gubern

denomina como *efebofilia*, muy arraigada en la cultura judeocristiana y que se enclava en una sociedad envejecida en la que los jóvenes son los mayores consumidores.

Se invierten, por tanto, los postulados de la Bauhaus, que preconizaban que “la forma debía seguir a la función, -ya que- en la actualidad la forma sigue los dictados del mercado”.

Todo ello se traduce en el excesivo culto al cuerpo, que conduce a los individuos hacia los gimnasios, hacia la anorexia o también hacia su aparición en televisión sea cual sea su precio, como podemos comprobar en la creciente oferta de programas de cotilleo.

En ellos, por ejemplo, “los medios nos presentan la imagen de una sociedad en la que todo el mundo lo hace, todo el mundo practica más sexo que tú y de forma más gratificante”. Si a ello unimos “la fragilidad o el carácter insatisfactorio de la red de relaciones sociales” no será difícil comprender el creciente desasosiego que envuelve las vidas de los individuos de a pie.

Sin embargo, todo este complejo panorama en el que la imagen predomina sobre el verbo, se desvirtúa de la mano de la tecnología, que opera una transgresión de esta norma a través de Internet, que supone el auge de lo conceptual frente a lo perceptual y sensorial. Aunque esta transgresión conlleva que “los signos tienden a suplantar a las personas y a las cosas, como la flor de plástico a la flor natural”.

Gubern nos propone un sugestivo paseo por las distintas ofertas y opciones del espacio cibernético, aportando en principio todas sus ventajas, mediante los discursos de algunos de sus fervientes defensores, recogiendo también algunas voces de sus más férreos detractores, para luego llevar a cabo una sagaz reflexión.

“Paradójicamente, la era de la comunicación se ha revelado finalmente como la era de la soledad, mientras que la tan cacareada modernización se ha traducido para muchas gentes en marginación”.

Este acertado análisis de Gubern pone de manifiesto que la red de redes, como tantos otros avances tecnológicos que escandalizaron a nuestros antepasados, no es ni una panacea, ni un diablo, sino un mero instrumento al servicio del hombre. Un instrumento nada desdeñable además, pues nos puede servir para comenzar a ser conscientes que *la razón*, como ya apuntara Goya, no sólo produce monstruos, sino aislamiento y soledad, lo que nos vuelve a colocar, como siempre al tratar lo humano, en una nueva dicotomía, pues sólo con la razón podemos intentar acercarnos a una oportuna visión del complejo entorno que nos rodea.